

# SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 16 de Junio de 1925

## POR ESOS MUNDOS

### El Monasterio del Escorial

La iglesia vieja del Monasterio es la primera dependencia que se hizo, y fue habitada por los monjes que residían en la mísera iglesia de El Escorial de abajo, hasta que, transcurridos los veintitantos años que tardó en construirse el edificio, pasó la Comunidad a ocupar su actual residencia.

Esta dependencia mide 105 pies de largo por 34 de ancho; el pavimento es de mármol pardo y blanco, estando estucadas las paredes y bóveda. Hoy descansan en el suelo los sillones que a 15 pies de altura formaban el coro, y fueron bajados del lugar que ocupaban cuando dejó de utilizarse esta iglesia, que hoy está destinada a la conservación de las coronas de flores artificiales que formaron parte de los cortejos fúnebres de cuantos Monarcas han fallecido en España desde la terminación del Monasterio a nuestros días.

Una sola habitación forma esta iglesia, estando situado, a la derecha de la puerta de entrada, el altar sobre una meseta de mármol sanguíneo, a la que subimos por siete gradas, dejando a ambos lados de esta escalinata otros dos altares más pequeños—hoy cajones vacíos—que fueron un tiempo tumbas reales. Estos altares tienen cada uno un lienzo, copias de Tiziano, representando: el central, el martirio de San Lorenzo en el momento que pide que vuelvan sobre las parrillas; el de la derecha, es copia del Entierro de Cristo que existe en la Sala Capitular, y el de la izquierda representa un Ecce Homo y la Adoración de los Reyes. El retablo guarda una Dolorosa.

En esta dependencia, cuyas condiciones acústicas son verdaderamente maravillosas, como más adelante veremos, se encuentra un Crucifijo moderno construido en Cataluña, año 1866; una Purísima y un San Luis Gonzaga, de talla, y, además, los cuadros siguientes: «El enterramiento de Carlos V» y «Blasones de la casa de Austria» (cuatro lienzos distintos), de Pantoja. «Entierro de Cristo» (el original está en el Museo); «Nuestra Señora de los Dolores» y los ya citados, de Tiziano. «El enterramiento de Felipe II», anónimo. «El martirio de San Lorenzo» y «El Arcángel San Miguel», de Lucas Cangiassi. «El martirio de Santiago Apóstol», de Navarrete el Mudo. «La Anunciación», de Pablo Veronés; «Nacimiento», de Tintoretto. «Nacimiento» y «La Adoración», de Zúcharo. «Jesús con la Cruz seguido de la Virgen», escuela veneciana. Y «San Mauricio y compañeros mártires», de Greco (firmado).

Como indicé antes, las condiciones acústicas de esta sala son notables. Al extremo opuesto del altar esta el cimborio, con los ventanales que dan luz a la estancia. Colocados debajo de este cimborio, damos una palmada y el eco repercute en la bóveda diez y seis veces

consecutivas, como si fuera un redoble de tambor.

Otra de las notabilidades (sorprendentes, y que más asombro causa al visitante, es la comunicación que se establece entre las paredes extremas de la habitación. Colocadas tres personas, una en el altar, otra en el centro de la estancia y otra en los sillones del extremo opuesto, hablando con la cara pegada a la pared en voz baja, puede sostenerse un diálogo sin que la persona colocada al centro perciba la menor palabra. Y lo mismo ocurre si se deja sobre el altar un reloj de bolsillo; su tic-tac se oye perfectamente, sentados en los sillones de enfrente, pero en el centro de la habitación no oiremos nada.

Estas condiciones acústicas son las mismas de la llamada «Sala de Secretos», situada en la portería del convento; y dicen que Felipe II encargó a Juan de Herrera la construcción de estas condiciones para poder comunicar con los sacerdotes durante la misa sin ser oído por los feligreses. Puede ser, pero sobre esto no hay nada escrito.

De aquí salimos otra vez al claustro bajo, descrito en el capítulo VIII, y después de visitar la portería, de una sala de 60 pies de largo por 35 de ancho, sobria, donde encontramos un San José de José Guerrero, y doce cuadros de escuela flamenga representando a Jerónimo, Santa Paula, Sagrada Familia, San Lorenzo, Santa Catalina y la Virgen, de dos Países, y otro San Jerónimo en oración, salimos por la sala de secretos, donde volvemos a repetir las pruebas de la iglesia vieja, al vestibulo del templo, y como éste ya lo hemos visto, pasamos otra vez por donde hemos venido para visitar el Patio de los Evangelistas, gloria de las artes españolas.

Con el permiso especial de que vamos provistos penetramos en el patio, que está sembrado de cuadros de boj y flores, formando en sus dibujos las armas de Austria y varios caprichos. Allí encontramos cuatro estanques de mármol que contienen el agua para riego de los jardines, levantándose en el centro el magnífico templete, que bastaría por sí solo para inmortalizar el nombre de Juan de Herrera.

Esta obra soberbia compónese de granito, mármol y jaspes, tan admirablemente combinados, que, después de cerca de cuatro siglos, no han sufrido detrimento a pesar de la fragilidad del mármol. Tiene figura octógona y presenta cuatro grandes lados a los cuatro frentes del jardín, en correspondencia con cuatro puertas del claustro, formando cuatro portadas dóricas con columnas, friso, arquitrave y cornisa con balaustrada. Los lados menores forman nichos, y en ellos vemos las cuatro estatuas, de mármol blanco, de siete pies de altura, representando a los cuatro Evangelistas con sus atributos y los versuclos, alusivos al bautismo en latín y en el idioma original: San Mateo, en hebreo; San Marcos, en latín; San Lucas, en griego, y San Juan, en siríaco. Estas estatuas son obra de Monegro. Corona la obra un zócalo sustentando la cúpula y una

linterna con nichos, y sirve de clave la misma piedra donde está fallada la cruz, cosa verdaderamente sorprendente para los amantes de la arquitectura, como asimismo los pedestales de los ángulos de la balaustrada, pues aparecen tales por fuera y por dentro están falseados, formando parte de la balaustrada sin interrumpirla. Tal es la obra maestra de Juan de Herrera.

## ANDANTE.

### CUENTO JAPONÉS

## LA MAYOR FELICIDAD

Por Martín Gracia y Martín

(Conclusión)

No pudiendo soportar por más tiempo aquella larga cadena de ocultaciones, donde cada eslabón podía destajarse a una velada, a un baile, a una fiesta en la ciudad, Crisantema decidió desembarazarse de ella, y con voz temblorosa, descubrió a su padre cuanto le había ocultado.

Le hizo saber, además, que en el momento que había sido llamada por la doncella que él mismo había mandado, se hallaba en disposición de ser peinada por su primer doncella, con el fin de asistir aquella misma noche a una velada brillantísima que se organizaba en el palacio del príncipe heredero de la nación.

El anciano, a quien las revelaciones de su hija habían puesto triste en extremo, comprendió, por el modo de hablar de ésta que debía sufrir muchísimo, y con su inseparable seriedad, dijo:

—Tranquilízate, hija mía: bien quisiera que fueras del mismo parecer que Almendrina; más por tus revelaciones, veo que andas por distinta senda.

No me extraña, porque bien sé que en el mundo no todos somos iguales.

Más ahora quiero me digas las ilusiones que te haces acerca de tu nueva vida, cuando llegues a mayor edad.

—Yo, padre querido, desearía con vehemencia ser la esposa de un príncipe como el de nuestra nación, porque tal deseo hacía en mí la mayor felicidad.

—¿Quién sabe?—murmuró el anciano,—puede ser que otras cosas se vean más imposibles. Pero ten en cuenta que a un esposo tan noble y bueno como lo sería el príncipe si vuestro matrimonio llegara a realizarse, habías de corresponderle como mejor pudieras. Sin esto, estabas perdida.

Crisantema bajó lentamente su finca.

El respetable padre dirigióse entonces a su querida y humilde Almendrina, y le dijo, le dijera también sus deseos.

Esta, con su dulce voz, contestó:

—Amado padre; yo no quiero ningún príncipe, por gallardo y rico que sea, ni quiero encerrarme en palacio alguno, por lujoso, grande y valioso que éste

fuera. Prefiero por esposo al pescadorcito más pobre del Japón, y por vivienda, la casita de campo más humilde que haya construída para vivir rodeada de pájaros y flores, aislada completamente de las maldades del mundo. Y Dios quiera que me vea yo satisfecha de mi ilusión; ésta sería mi mayor felicidad. Estupefacto se quedó el anciano al oír los deseos de sus hijas, sin poder articular palabra. Pasados algunos momentos de continuas reflexiones, exclamó:

—Ignoraba por completo que poseíais dos hijas de carácter tan opuesto; mas si éstos son vuestros deseos, que se realicen con la mayor felicidad.

Y dirigiéndose a Crisantema,

—Puedes partir con el marino que ha venido a buscarte, pues tienes mi permiso.

Entonces, las dos hijas besaron al padre, y las dos, al mismo tiempo abandonaron aquel a habitación.

La hermana mayor dirigióse muy alegre a su tocador, y ayudada por sus doncellas, quedó al instante dispuesta para salir.

## IV

Abandonó el palacio acompañada por el marino que había venido en su busca, y escoltada por seis lindas doncellas se embarcó en la preciosa nave, la que pronto la trasladó a la ciudad.

El príncipe Arimoto no era aquella primera noche que veía a la bella Crisantema; pero entonces le pareció hermosa, bella que nunca. Lucía ésta además de su artístico peinado, un hermoso kimono de seda color rosa primorosamente bordado en blanco, azul y verde, el cual daba a su cuerpo la figura más encantadora que imaginarse puede. Al pasar el gallardo joven por el lado de la encantadora muchacha, le dirigió una mirada hipnotizadora.

Comprendió Crisantema el significado de aquella rápida mirada, y por todo su cuerpo sintió un fuerte temblor. Le vinieron al pensamiento las palabras que su padre había pronunciado acerca de la posibilidad de su matrimonio con el príncipe Arimoto, y esto le hizo reflexionar.

Mientras que todo esto sucedía, Almendrina hallábase asomada a una ventana en el palacio de su padre, contemplando el misterioso aspecto de la noche, cuando de pronto oyó bajo de ella una voz, que, con tono lastimero, decía de este modo:

—Señorita, vos que sois tan amable y bondadosa, ¿no permitiréis a este desdichado pescador pasar la noche en el rincón peor de vuestro palacio?

Almendrina no contestó, pero llamó a un criado que cerca de allí se hallaba, y le mandó que subiera a su presencia al desconocido. Este no tardó en llegar.

Entonces pudo ver la cariñosa muchacha a un pescadorcito que aparentaba contar su misma edad, y que con sus azules ojos miraba fijamente su rostro. Esta le preguntó al momento:

—¿Vienes de muy lejos?

—Ya lo creo; vengo siguiendo la ori-

lla del río desde que abandoné mi casita de campo, que poseo también a la orilla de este río pero muy lejos de aquí.

—¿Y por qué abandonaste tu casita?

—No tenía otro remedio; mi buena madre, que era la que me cuidaba y arreglaba, hace dos días que ha muerto, y a mi solo sin ninguna compañía, se me hace imposible la vida en aquellas soledades.

—Y ahora, ¿dónde te diriges?

—A la ciudad...

—¡Horror! Todos os dirigís a la ciudad, allí donde abunda la maldad y los peligros. En cambio, yo mejor que en la ciudad, prefiero vivir en la misma vivienda que tú has abandonado.

—Sí, es verdad—dijo con un gesto de alegría el pecadorcito,—que es mucho más bella y alegre aquella vida; pero tener en cuenta que viviendo yo solo, me sería imposible atender a la limpieza de la vivienda; si no quería abandonar mi oficio, cosa que si lo hacía, no tendría con qué alimentarme.

Almendrina sintió latir su corazón rápidamente al oír las frases del pescadorcito.

—Voy a presentarte a mi anciano padre, y si lo quiere, te quedarás para siempre en este palacio.

El pescadorcito y Almendrina se dirigieron a una espaciosa habitación, en cuyo fondo se hallaba el anciano, sentado y leyendo un libro.

La buena hija presentó el muchacho a su padre y le contó cuanto le había sucedido, rogándole lo aceptara como criado en su palacio, proposición que, tratándose de un desdichado, aceptó gustoso el venerable anciano, el cual, observando su nobleza y lealtad, terminó por nombrarle su mayordomo.

Pasó algún tiempo; aquel sabio anciano, padre de las protagonistas de nuestro cuento, rodeado de estas, de Yakomi—que tal era el nombre del pescadorcito—y del príncipe Arítomo, exhaló los últimos alientos de su vida.

Pasados los días de duelo, Crisantema unióse en matrimonio con el príncipe heredero del trono japonés, mudando su residencia a la ciudad.

Yakomi volvió de nuevo a su oficio de pescador, y empuñando los remos de la misma lancha con que años antes había llegado al palacio conocido, abandonó éste por el mismo río.

Pero no marchaba solo; sentada en un extremo de su lancha llevaba a su linda mujercita, que no era otra sino la propia Almendrina, la cual, como su hermana, veía con inmensa alegría realizada la ilusión que habían hecho saber al buen padre, ya expirante.

Ahora solo tenían que corresponder a sus buenos esposos, si es que, como decían, querían vivir con la mayor felicidad.

¡Qué feliz era Almendrina en aquella diminuta vivienda campestre! Por todos lados veíase rodeada de flores, alegrando su vida los dulces trinos de lindos pajarillos, que sin ningún temor llegaban a penetrar en la misma vivienda, donde la muchacha les echaba las miguitas de pan y granitos de arroz.

Con el trabajo del noble Yakomi tenían suficiente para vivir tan dichosos como el matrimonio más rico del Japón.

También Crisantema vivía feliz con el príncipe Arítomo; mas pronto, al verse sumamente rica y dueña de un palacio mucho más soberbio que el abandonado, llenóse su corazón de orgullo, siendo muy pronto odiada por cuantas era conocida.

EPILOGO

Llegó un día que Almendrina tuvo necesidad de algunas telas para confeccionar trajes; Yakomi, siempre amable y cariñoso con ella, provisto de su lancha, se dirigió a la ciudad para vender la pesca que aquella mañana había logrado cojer, con cuyo dinero compró lo que su esposa necesitaba.

Pero a su regreso dió a ésta una mala noticia. Era que el príncipe Arítomo había muerto, y que el pueblo, aborrecido de la perversidad de Crisantema, iba a levantarse contra ella, produciendo una espantosa revolución.

Almendrina tembló al oír las palabras de su esposo; luego, con voz temblorosa también, exclamó:

—¡Pobre hermana mía! Has olvidado la advertencia de nuestro sabio padre, y ya ves, hasta en peligro acabas de poner tu vida.

Al terminar estas palabras, sus ojos llenáronse de lágrimas.

—No, esposa mía, no quiero que derrames una lágrima más—dijo de pronto Yakomi.—Voy a dirigirme sin pérdida de tiempo a la ciudad, y de seguro que cuando regrese, tendrás la dicha de estrechar entre tus brazos a tu hermana Crisntema.

Aquí vivirá en nuestra compañía, y de seguro que pronto comprenderá cuál es la mayor felicidad.

Y sin decir nada más, corrió a la orilla del río, donde tenía su lancha, saltó dentro de ésta, y empuñando los remos, partió veloz hacia la ciudad.

Cuando llegaba a ésta, ya empezaba a obscurecerse. Amarró su lancha en el puerto y se dirigió al palacio, donde, sin duda alguna, debía estar Crisantema.

Mas no pudo llegar. A las puertas del fantástico edificio, miles de hombres, que, como locos, pretendían invadir el palacio, daban gritos pidiendo la muerte de Crisantema.

Yakomi, mudo de asombro, retrocedió y se internó en los jardines de la parte posterior del palacio, los cuales se hallaban solitarios. De pronto vio salir de entre unas plantas a una mujer vestida de campesina, la cual, sin pronunciar una palabra, se dirigió al pescador. Entonces pudo ver el pescador que aquella campesina no era otra sino la desdichada Crisantema, la cual, disfrazada con tal traje, había salido de palacio, ocultándose entre las plantas para huir de una muerte cierta. Corrieron los dos al puerto, colocáronse en la lancha y desaparecieron al momento, al mismo tiempo que la noche tendía su misterioso velo sobre la tierra. Cuando después de algunas horas pasaban frente al palacio del difunto anciano, al contemplar Crisantema su misteriosa silueta, no pudo por menos que sentir en su corazón un rayo de dolor.

Y no pudiendo contemplar por más tiempo aquella triste vista que ante sus ojos se presentaba, acurrucóse en el fondo de la lancha y cubrió su cuerpo con un manto de redes de pescar, las mismas que Yakomi había de utilizar para desde entonces ganar el sustento de los días.

Almendrina recibió con el mayor cariño a Crisantema, y a los pocos días de permanecer juntas, le dijo:

—¿Te has dado ya cuenta de en qué consiste la mayor felicidad?

—Sí, bastante lo sé. No consiste en poseer el más bello palacio, ni la más fabulosa fortuna. El trabajo, la salud, el cariño y la humildad, constituyen la mayor felicidad.

Y desde aquel día los tres trabajaron juntos y vivieron sin riquezas ni palacios, pero sí con la mayor felicidad.

LAS AMBICIONES

Cogió un niño cierto día una flor bella del prado, y su aroma delicado aspiró con alegría.

Y exclamó con dulce acento embriagado con su olor:

—¡Madre, quisiera ser flor para embalsamar el viento!

Entre tanto que así hablaba, una avecilla ligera

cruzó la fértil pradera

donde el niño se encontraba

Y al verla el niño reaccionó

dijo con acento grave:

—¡Madre, quisiera ser ave para cruzar el espacio!

La brisa entonces gimió,

y con movimiento blando,

una nube fué elevando

que de vista se perdió.

Siguiendo el niño su vuelo,

dijo con voz altanera:

—¡Madre, ser nube quisiera para llegar hasta el cielo!

Un suspiro de cariño

la madre dejó escapar,

y luego sin vacilar

de este modo dijo al niño:

—Insensatas ambiciones

ocupan tu corazón;

hoy sólo caprichos son,

mañana serán pasiones.

Sujeta tu anhelo extraño,

y así feliz vivirás;

no hay nada que amargue más

que la hiel del desengaño.

Quieres en tu empeño loco

ser flor, ser ave, ser nube;

muy alta tu mente sube

y el niño vale muy poco.

Hombre llegarás a ser,

y cuando pierdas la calma,

¡ay de ti, niño del alma,

si no te sabes vencer!

No, tu pensamiento asombre

ser flor, ser nube, ser ave.

¡Dichoso el hombre que sabe

llegar al fin, a ser hombre!

BRETON

LA VIDA EN BROMA

El colmo de la reclama.

En el cementerio de un pueblo francés del departamento de la cote d'or, existe el siguiente sugestivo epitafio:

«Aquí yace el nunca bien llorado, por su familia y clientes, Pierre Mercier, Hotelero, 1848-1903.

Inventor de la famosa tortilla Mercier, cuya receta sólo la posee su hijo establecido en Dijón, calle tal, numero tantos.»

Una buena excusa.

Una señora se queja a su lechera de que la leche esté cada día más clara.

—Oh señora, responde la vendedora, con el aumento del calor las vacas beben cada día más agua.

Los buenos conocedores.

Habiendo oído decir Anatole France que sus autógrafos se pagaban a muy buen precio, quiso convencerse de ello. En efecto trazó sobre un papel una frase cualquiera y puso su firma al pie. Luego pidió a su secretario que la ofreciese a uno de los más conocidos especialistas.

El coleccionista después de examinar la autografía declaró que era falsa. Es verdad, agregó el conocedor, que la firma está muy bien imitada pero no puede engañar a un experto como yo...

La aventura hizo reír mucho al autor de «Monsieur bergeref en Paris.»

Humor inglés.

Una muchacha muy bonita entra en un almacén de géneros acompañada de su abuelita, y dirigiéndose a un empleado le pregunta:

—Cuanto cuesta esta tela?

—Un beso el metro, señorita, responde éste.

—Pues bien deme usted diez metros, mi abuelita le pagará.

Precaución.

Dos viejos bebedores se entregan a copiosas libaciones en diferentes tabernas de la ciudad.

—¿Tomamos una copa más? pregunta uno de ellos al otro.

—No, mi amigo,

—Pero acaso estás enfermo?

—No, pero ayer me he mudado y todavía no estoy acostumbrado a la escalera de mi casa...

El señor ha salido

Preguntan a un criado si su patrón está en casa.

—No señor no está.

—A que hora vendrá?

—Cuando el patrón nos da la orden de decir que ha salido, añade el sirviente, no se sabe nunca cuando regresará.

Las avispas en invierno

Todos nuestros lectores habrán tenido ocasión de observar esos grandes nidos que parecen hechos de papel de estroza, que las avispas cuelgan de los árboles y de las casas durante el verano, y también habrán observado que en invierno se pueden coger y examinar su maravillosa estructura sin peligro ninguno, pues se hallan vacíos.

¿Dónde están sus constructores? Los machos y las obreras se han esparcido y han muerto acá y allá libando en las últimas flores del otoño, y las reinas se han encerrado en sus cuartelitos de invierno. Los zánganos se esconden entre la leña y las cortezas y en los aleros de los tejados, y las avispas más pequeñas se han refugiado entre las grietas de los edificios y de las rocas.

Un naturalista, observando la roca agrietada de un peñasco saliente, vió en las quebraduras de la piedra miles de avispas adormecidas y con ellas gran número de cucarachas de bosque.

Las cucarachas se alimentan de las indefensas avispas, y el gran número de restos de estos insectos que había, demostraba que hacía muchos años que tenían costumbre de ir a invernar en aquellos peñascos.

LECCIONES DE COSAS

Para teñir el marfil de azul.—Se le sumerge por espacio de dos o tres minutos en una solución de una parte de ácido clorhídrico en 35 de agua, y después se mete por algunas horas en otro ingrediente compuesto de una parte de índigo en seis de agua.

El mal gusto del aceite de ricino desaparece si se mezcla esta sustancia con una clara de huevo, batiéndola juntamente con ella.

Para cortar el corcho.—Por afilada que este una navaja, nada hay más difícil que cortar el corcho bien por igual y sin que salga hecho pedazos. Varios modos hay de evitar este contratiempo; el más sencillo consiste en humedecer la navaja en una solución de potasa cáustica.

FÁBULA

La espiga rica en fruto se inclina a tierra; la que no tiene grano, se empina tiesa. Es en su porte modesto, el hombre sabio y altivo el zote.